



David Castro

MIGUELONADAS

Envío: A mi buen amigo Luis Sendín, que me pide diga algo de <<Miguelón>>. Complacido

Hablar de Miguelón, recordar <<sus cosas>>, es hacer el panegírico del exabrupto.

Enfadado, usaba el léxico más florido que imaginación humana pueda imaginarse. Los conceptos más altisonantes, los adjetivos más abracadabrantos, las interjecciones más pintorescas, jalonaban y definían lo que podía considerarse un lenguaje sui-géniris. Cuando el que esto lea tropiece con los puntos suspensivos, fórgese imaginativamente lo que quiera, en la seguridad de que por mucho que sea, ha de quedarse corto.

Con un bote de su propiedad, dedicándose una mañana por las proximidades de Liquerica, a la pesca del <<oricio>> -le llamaremos así y no erizo para velar por la pureza del argot marinero y no restar salsa a la estampa- por el sistema del <<lampazu>> (llámase <<lampazu>> al conjunto de pedazos de fina red en desuso con un ladrillo en su interior, para facilitar su inmersión) con evidente buena suerte, pues en el despesca echaba Miguel mucho tiempo.

Desde la Almena pletórica de gente, le gastaban bromas o le aplaudían cuando la redada de los ricos puntiagudos era espléndida. A todas estas manifestaciones de hilaridad respondía, invariablemente, con un gruñido, cuando no era con algo más de ruborizar.

Una de las veces que trató de izar sus redes, éstas no obedecieron: habían quedado apesadas en el acantilado.

Miguelón, haciendo esfuerzos inauditos, tiraba de la cuerda una y otra vez con resultados totalmente negativos.

Descompuesto por lo infructuoso de su esfuerzo y como dirigiéndose a un invisible habitante submarino, dice:

<<Arría ahí o suelto un taco que yos saco los colores a les sirenas...>>

Un fotógrafo local recibe el encargo de hacer una fotografía de Miguelón para enmarcarla en un reportaje sobre sus <<cosas>>.

Se dirige al muelle pesquero y pregunta por él. Unos marineros le indican dónde está y a la vez le advierten de lo difícil que va a ser convencerle, pues siempre ha sido reacio a toda conversación coherente o atisbo de publicidad gráfica. Mas, no obstante, le sugieren una idea que, entusiasmado, corre a poner en práctica.

Miguelón hállase echado cara al sol en un banco de una lancha varada sobre el muelle, con los pies cómodamente recostados sobre un carel de la embarcación. Su aspecto, en apariencia, era tranquilo.

El fotógrafo se acerca y le dice: <<Miguel, me ha dicho D... -aquí el nombre de un armador- que vaya usted a la rula>>, y sin esperar contestación, inicia su retorno hacia la casa de venta del pescado.



Miguelón, creyendo de buena fe el aviso, levántase y presto va al encuentro del fulano... con la ilusión puesta en el regalo de una merluza que le solucionaría los gastos del día.

Al llegar cerca de la Fábrica del Hielo, el fotógrafo, que allí se había apostado le enfoca y... ¡zas! Ya está hecha la foto.

Miguelón, que camina con la cabeza pegada al ombligo, se da cuenta de la añagaza cuando las carcajadas que suenan en su derredor le inducen a levantarla. Airado, revuélvese contra el fotógrafo, que había iniciado su huida, y... allí se armó de la vámonos Juana.

Cumplía Miguelón su servicio militar en una base naval de la Marina de guerra española.

En el mismo Departamento y de igual reemplazo, hallábase también cumpliendo sus deberes militares un convecino suyo apodado <<El Pájaro>>, quien le había propuesto le declarasen no apto para el servicio.

La trata de que se trataba valer eran los ataques epilépticos. Y los simulaba de tal forma, que los médicos no se atrevían a dictaminar en sentido negativo, a pesar de que en su fuero interno estaban casi convencidos de que se trataba de un camelo.

Un día que se <<hallaba>> bajo los efectos de la pretendida enfermedad, entró Miguelón en la enfermería, en el preciso momento que un doctor le movía las piernas y brazos en todas direcciones.

Pausadamente se acerca a la cama y dice dirigiéndose al médico:

<<Qué hace con ese hombre... va a morite entre las manos, como los grillos, ¿Qué esperes pa mandalu pa casa?>>

El interpelado revuélvese iracundo en el momento preciso que una sonora carcajada sonaba a su espalda. Era <<El Pájaro>> que, ante la <<salida>> de su paisano, había perdido la impertubabilidad, y soltando el <<trapo>>, deshacía el equívoco de forma terminante y pringaba <<mili>> tal como estaba mandado en las ordenanzas.

Voluntad, 9 de junio de 1955